

SERMON

PARA EL DIA

DE PENTECOSTÉS Ó VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO.

Cum venerit Paraclitus quem ego mittam vobis á Padre, Spiritum veritatis qui á Padre procedit, ille testimonium perhibebit de me.

Cuando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad, que procede del Padre y que yo os enviaré de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí.

Joan. cap. XV, v. 26.

El Rey inmortal de la Gloria se ha propuesto, mis amados oyentes, celebrar de un modo propio de su magestad y grandeza, la gran victoria que consiguiere del príncipe del mundo. Jesucristo habia cumplido su altísima mision entre los hombres: habia borrado con su sangre la escritura de la maldicion del mundo, y realizando en su Persona todos los antiguos vaticinios, como oveja se habia dejado conducir al lugar del sacrificio. Concluida la grande obra de la Reparacion humana, resucitó por su propia virtud, y despues de permanecer por espacio de cuarenta dias sobre la tierra, en cuyo tiempo con-

soló é instruyó á sus Apóstoles, subió triunfante y glorioso al cielo á ocupar su trono á la diestra del Eterno Padre. ¿Y de qué modo se propone celebrar tan admirable triunfo? Concediendo á los hombres dones dignos de un Dios de infinita bondad y misericordia: *Ascendens Christus in altum dedit dona hominibus.* ¿Y qué don es este? El Espíritu Santo, la tercera Persona de la Santísima Trinidad que procede del Padre y del Hijo y que desciende para iluminar á los que habian de anunciar el Evangelio por toda la tierra.

Sí, cristianos: á los cincuenta dias de la Pascua célebre en que Jesucristo consumó el sacrificio de su vida, y diez despues de su Ascension á los cielos, cuando se celebraba en Jerusalem la fiesta llamada por los judíos de Pentecostés, mandada observar en los sagrados libros del Levítico y del Deuteronomio para recordar el gran beneficio que el Señor dispensara al pueblo de Israel, dándoles por medio de Moisés la ley grabada en dos tablas, hallándose los Apóstoles y discípulos reunidos en el Cenáculo, lugar que el Padre San Agustin llama primer templo de la Iglesia cristiana, se verificó el gran prodigio de la venida del Espíritu Santo. Allí en aquel mismo sitio donde Jesucristo celebrara la última cena, aquella cena memorable en la que realizara el admirable prodigio de su amor en la institucion del Santísimo Sacramento de la Eucaristía, encontrábanse el día de Pentecostés, la Madre de Jesus y con los Apóstoles un gran número de discípulos entregados á la oracion. Eran como las nueve de la mañana, cuando se sintió un ruido repentino, como á manera de viento impetuoso, y vieron resplandecer en el aire

como lenguas de fuego, las cuales se fueron colocando sobre cada uno de los congregados en aquella santa asamblea, y fueron todos llenos del Espíritu Santo: *et repleti sunt omnes Spiritu Sancto.*

Con tan sencillas palabras como las que acabais de oír, nos da cuenta el Evangelio de un suceso de tan universales consecuencias. ¡Ojalá me encontrase yo capaz de hablar dignamente y con fruto de este misterio de la Religión! El Espíritu Santo, según el sentir del angélico doctor y de todos los teólogos, baja á promulgar del modo mas solemne y á consumir cuanto era necesario para llevar á cabo el plan de la estincion y propagacion del Evangelio.

No trato por cierto, mis hermanos, de hacer ostentacion de erudicion teológica combatiendo los absurdos errores de los macedonianos, ni de los de otros heresiarcas sobre el punto que nos ocupa. Mi objeto es únicamente haceros conocer con el lenguaje mas sencillo los grandes prodigios que obró el Espíritu Santo cuando descendió sobre el colegio Apostólico, y los que puede obrar en nosotros, si le recibimos y correspondemos á sus dones.

Espíritu Divino que iluminásteis á los Apóstoles haciéndoles aptos para predicar el Evangelio santo; dignaos favorecerme con un rayo de luz celestial, que disipe mi ignorancia, para desempeñar dignamente y con fruto mi santo ministerio. Sea mi intercesora vuestra Esposa Santísima, á la que saludamos con el mayor afecto de nuestros corazones. *Ave María.*

PARTE UNICA.

Háse llevado á cabo una admirable transformacion. Aquellos hombres escogidos por Jesucristo para que continuasen la grande obra por Él iniciada de la regeneracion social por medio de la predicacion del Evangelio, eran unos hombres toscos é ignorantes: en vano se hubiese buscado en ellos conocimiento alguno de las ciencias: ademas de ignorantes eran tímidos y aun cobardes. Pues bien, cristianos, dirigios en este dia con vuestra consideracion al Cenáculo de Jerusalem. No solamente los Apóstoles, sino los demas discípulos del Salvador hasta el número de ciento y veinte que alli se hallan congregados, son ya otros hombres: ha desaparecido en todos ellos la ignorancia, asi como la cobardía: esplican é interpretan admirablemente las sagradas escrituras: no hay para ellos idioma desconocido, y á su presencia queda confundida toda la sabiduría del mundo y aparecen como pigmeos aquellos varones que gozaran reputacion de sábios entre las gentes. Llenos de valor é intrepidez, están dispuestos á combatir los errores, y á hacer triunfar la verdad en todas partes. Animo esforzado se necesita para luchar con mil contrarios elementos; pero llenos de fortaleza se hallan dispuestos á sufrir toda clase de contradicciones y hasta la misma muerte, en el cumplimiento de sus deberes. No hay que estrañar esta transformacion: es efecto producido por el Espíritu Santo, que descendiendo sobre los discípulos de Jesucristo, inflamó sus almas y las llenó de los mas celestiales dones.

Sabido es lo que eran los Apóstoles antes de recibir

el Espíritu Santo: asociados al Divino Maestro escuchaban de continuo su doctrina, siendo al mismo tiempo testigos de sus maravillas y asombrosos milagros. Nada de esto sirvió para que desechasen su ignorancia y sus ideas carnales. Si Jesucristo les habla de su reino creen que es un reino temporal y aspiran á sus primeras sillas: si ora les dá á comprender el gran misterio de la Eucaristía que ha determinado efectuar ó bien les habla de su resurreccion, no entienden palabra de lo que oyen. Eran, en suma, hombres carnales y groseros, en quienes nada hubiesen podido conseguir los mas profundos maestros en las ciencias mundanas. En la fé eran débiles: el mas firme de todos, el que habia sido el primero en confesar públicamente la divinidad de Jesucristo, y habia ofrecido morir en su compañía si hubiera sido necesario, le niega lleno de cobardía en el átrio del Pontífice.

¡Qué diferencia tan admirable luego que el Espíritu Santo ha descendido sobre ellos! No se ocultan ya de la vista de los hombres. Llenos de valor y de fortaleza, anuncian que aquel á quien los judíos han hecho morir con la nota de infamia en el patíbulo de la Cruz, es el verdadero Dios. Al eco de su voz se bambolean sobre sus pedestales y caen por tierra las estatuas de los ídolos que arrebatában las adoraciones de los hombres debidas tan solamente al verdadero Dios. ¡Cuánta sabiduría en sus palabras! ¡Cuánta profundidad en sus conceptos! ¿Hay por ventura en sus sermones gentes de diversos países y naciones? Nada importa. Todos los entienden, cual si hablasen á una vez todos los idiomas. Los parthos y los medos, los persas y los árabes, los

egipcios, los habitantes de Mesopotamia, de Judea y Capadocia, los del Ponto, la Frigia y la Bithinia, todos los habitantes de la tierra oyen hablar á los Apóstoles en sus respectivos idiomas, porque todos los poseen á la perfeccion.

Llenos de intrepidez y ansiosos por estender el reino de Jesucristo se reparten por el mundo, y al poco tiempo el nombre del Redentor de la humanidad es conocido en Macedonia por la predicacion de Mateo. Bartolomé en Lycaonia y en Babilonia Tadeo triunfan del error: y mientras Andrés trabaja incansable en Acaya y Santiago el menor predica en Mesopotamia, lo hacen tambien con celo infatigable, Pedro en Roma, Juan en Asia, Santiago el mayor en nuestra España, al par que sufren grandes trabajos por la propagacion de la fé y triunfo de la naciente Iglesia, Tomas en la India, Felipe en la Frigia, así como Simon en Egipto y Matias en la Judea.

¿Y quién podrá, M. A. O., numerar sus conquistas? Abrid la historia de la Iglesia, contempladla en su infancia y no podreis menos de quedar maravillados. ¡Cuánto puede la gracia del Señor! Ellos á la presencia de los poderosos los reprenden dándoles en rostro con sus maldades. Verdad es que empiezan contra ellos terribles persecuciones: que se pretende sellar sus labios por medio de crueles amenazas: pero ellos en ser perseguidos como su divino Maestro encuentran su mayor gloria, y aspiran no á honras mundanas ni á esos laureles que se marchitan, sino á la aureola del cielo, vertiendo su sangre en los mas horrorosos martirios. Preparen, pues, los poderes de la tierra oscuros calabozos,

que los Apóstoles convertirán en escuela de celestial doctrina: dispongan crueles tormentos que miraran como blandos y mullidos lechos. Nada será suficiente para vencer la fortaleza de aquellos hombres sobre quienes descansan los dones del Espíritu Santo.

Así es, cristianos; mientras mayores son las persecuciones y mas crueles los medios que se ponen en juego para hacer enmudecer á los Apóstoles, mas intrépidos se muestran en la verdad, y tal es la elocuencia de sus discursos, y la fuerza de los argumentos que emplean, y los grandes prodigios que efectúan en confirmacion de su doctrina, que cada dia se aumenta considerablemente el número de los partidarios de Jesucristo.

¿Qué tendrán que objetar los enemigos de la Iglesia acerca de la rápida estension del Evangelio? ¿Podrá jamás oscurecer la sabiduría de los Apóstoles? ¿Será por ventura origen de tantos triunfos lo halagüeño de la nueva doctrina que enseñaban? Basta traer á la memoria las leyes por que se gobernaba el mundo, lo grosero de las costumbres, el egoismo que generalmente reinaba en la sociedad para comprender que una ley basada en el principio de la caridad, que enseña la humildad, el despego de las cosas de la tierra y el deseo de las del cielo, que enseña el perdon de las injurias y el amor de los enemigos, habia de parecer dura á unos hombres que por educacion, por costumbres y hasta por inclinacion practicaban todo lo contrario. Sin embargo, se les ve abandonar sus antiguas prácticas, hacerse humildes aquellos que estaban henchidos de altanería y soberbia, pacíficos y caritativos los que habian levantado en su corazon un trono al egoismo. ¿Y á

quién se debió todo esto? A la constancia de la predicacion opostólica, ó mejor dicho, al recto uso que supieron hacer de los dones con que les habia enriquecido el Espíritu Santo. La sabiduría mundana hubiera fracasado ante obstáculos insuperables. Era necesario una sabiduría superior, divina, y esta fué concedida en el dia de Pentecostés á los destinados por el dedo de Dios para obrar tales maravillas.

Además, señores, la época de la predicacion de los Apóstoles, como nota oportunamente el erudito Frayssinous; no fué ciertamente una época de ignorancia y de barbarie: nació en los dias de Augusto, en un tiempo en que las luces ilustraban á Europa, y principalmente al imperio romano; hé aquí por qué no tiene fuerza alguna el argumento que pretende probar que la ignorancia de los pueblos atrajo seguidores al Evangelio. Luego nos es necesario confesar, que si la doctrina de Jesucristo se estiende con rapidez, si el lábaro hermoso de la Cruz se convierte en objeto de adoracion en los pueblos y naciones, si la naciente Iglesia, en suma, se va desarrollando con admirables triunfos, no obstante su dilatada infancia de tres siglos, durante los cuales en la oscuridad de las Catacumbas se ofrece al Eterno Padre la Hostia pura, santa é inmaculada, todo fué debido á los dones de ciencia, de sabiduría, de fortaleza, de temor de Dios y demas con los que plugo al Espíritu Santo adornar á aquellos varones escogidos.

¿Y qué deberemos aprender de todo esto? No solo que nuestra religion es divina y verdadera, como nos lo demuestra las maravillas de su establecimiento, los prodigios de la predicacion apostólica, y sus constantes y repetidos triunfos, sino á mas

á vivir como verdaderos cristianos, á quienes el Señor tambien ha concedido sus dones. Si, M. A. O., todos vosotros habeis recibido el Espíritu Santo en el Bautismo y en la Confirmacion, sacramentos por medio de los cuales os alistaisteis bajo las banderas de Jesucristo. ¿Y qué obligaciones adquiristeis desde el instante mismo en que fuisteis regenerados por el Bautismo? Defender la fé de Jesucristo hasta perder la vida si necesario fuese. Asi lo hacian los primeros cristianos; ¡oh que espectáculo tan admirable presentaban aquellas asambleas! Cristianos no tan solamente en el nombre sino que tambien en las obras, no obstante hallarse rodeados de enemigos de la fé, confesábanla públicamente y su mayor dicha y felicidad la fundaban en ser perseguidos, encarcelados y muertos en defensa de aquel que dió su vida por nosotros en el patíbulo de la Cruz. Mas ¡cuán presto se enfrió aquel primitivo fervor! pues si siempre ha habido cristianos valerosos, imitadores de aquellos, otros muchos, débiles y cobardes, dejaron apagar en ellos la llama de la fé, y dirigieron sus pasos por sendas extraviadas. Ya en tiempo del Padre San Agustin, se observaba esta extraña metamorfosis: dos amores, dice el Santo Doctor, fundaron dos ciudades: el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo edificó la hermosa ciudad de Jerusalem, y el amor propio hasta el desprecio de todo un Dios edificó la infame ciudad de Babilonia: que Jerusalem es la ciudad del cielo y Babilonia la del infierno. De tal modo se entregaron muchos cristianos al amor de Dios que no solamente miraron con indiferencia el mundo y cuanto él ofrece, sino que hasta llegaron á despreciarse á sí mismos,

castigando su carne con ásperas penitencias y entregándose de lleno á la oracion, y á la contemplacion de Dios y de sus divinos atributos. La soberbia apoderóse de otros, que hinchádoles de amor propio les hizo olvidarse de Dios. Registrad, pues, vosotros vuestras obras, examinad vuestra conciencia y modo de obrar y conoceréis si perteneceis á Jerusalem ó á Babilonia; si sois de Dios ó del mundo.

Hemos recibido el Espíritu Santo ¿y qué se nos exige en recompensa de sus dones? ¿Son por ventura grandes sacrificios? Aunque asi fuera, deberiamos estar dispuestos para padecer, como lo estuvieron los Apóstoles. Pero hoy no se nos exigen grandes pruebas. No somos conducidos á presencia de tiranos que quieran obligarnos á doblar nuestras rodillas ante inmundos ídolos, dándonos á escoger entre la apostasía ó la muerte. Tan solo se nos pide fidelidad á las promesas que hicimos al recibir el Santo Bautismo, y en él al Espíritu Santo. Y qué promesas son estas de cuyo cumplimiento se nos ha de exigir estrecha cuenta? Renunciamos á Satanás, á sus obras y á sus pompas. ¿Cómo pues corresponden á la eleccion de Dios y á los dones del Epíritu Santo los cristianos, que dejando perder la gracia, se aprisionan voluntariamente al carro de Satanás, de quien se hacen esclavos? Los que vivís en lamentable descuido, olvidados de vuestros deberes religiosos, y que dejais sofocar los gritos de vuestra conciencia; no seais por mas tiempo insensatos: conoced el error en que vivís, y dando oido á las voces de Jesucristo que os llama á sí, por medio de sus ministros, purificáos de vuestras manchas, arrojándoos á la saludable Piscina de la Penitencia. De este modo volverais al redil del que os habeis apar-

tado, y volverán á resplandecer en vosotros los dones del Espíritu Santo. Sed fuertes: y qué respetos humanos ni consideraciones de ningun género sean suficientes para que dejéis pública y privadamente de confesar á Jesucristo. En su fé encontrareis vuestra salvacion, así como en las promesas del mundo, tan solamente vuestra perdicion.

El Señor que lleno de misericordia concede su gracia á las criaturas, la aumenta en proporcion de nuestra correspondencia á ella. Verdad es que el espíritu del mal trabaja incansable por arrastrarnos con seductoras doctrinas haciéndonos caer de la altura de la virtud al abismo del pecado: pero ninguna fuerza humana es suficiente para vencer al hombre que habiendo recibido el Espíritu Santo, sabe corresponder á sus dones. El alma del cristiano es un tálamo donde descansan los dones celestiales del divino Esposo. Cuidad, pues, os diré con San Agustin, de no mancillar ese tálamo con la culpa, y de no ofender al divino Esposo de nuestras almas, dando entrada en ellas á los vicios que degradan y envilecen, y no pueden menos de contristar al que nos ha dispensado tantos bienes. Fijad vuestra vista en los Apóstoles y en el efecto que en ellos causara el Espíritu Santo: así como fueron convertidos de ignorantes en sábios, de cobardes en varones fuertes y llenos de intrepidez, así nosotros adquiriremos piedad para servir á Dios, fortaleza para no dejarnos vencer, sabiduría para distinguir el bien del mal, y todas las gracias del Señor si sabemos corresponder á los dones con que hemos sido enriquecidos.

Venid, pues, sobre nosotros, oh Espíritu Divino, y adornadnos con el don de *sabiduría*, para que se

disipe nuestra ignorancia y sepamos dirigirnos á Dios: el de *entendimiento*, para comprender las argucias de los enemigos de nuestra salvacion y que sepamos distinguir el error de la verdad: el don de *ciencia* que nos haga comprender todo lo percedero de los bienes de la tierra y la grandeza de los del cielo: de *piedad* para amar con los mas tiernos afectos al único objeto digno de todo el amor del verdadero cristiano: el don de *consejo*, y por último el de *temor de Dios*, para que no estraviándonos en la senda del bien, cumpliendo en la tierra con nuestros deberes en orden á Dios, á nosotros mismos y á nuestros prógimos, tengamos un dia la dicha de ser moradores de la Gloria. Amen.